



Tragedia en el Riverfront Coliseum de Cincinnati, donde hubo once muertos, y ocho jóvenes resultaron gravemente heridos, todos ellos pisoteados en una avalancha de los fans que acudieron a ver a los Who. A la derecha, fotografía de abajo, dramática imagen después de la catástrofe.

## ROCK

# LOS MUERTOS DE CINCINNATI

**DIEGO A. MANRIQUE**

**Y** A nos lo advirtió Aldous Huxley: "Ningún hombre, por muy civilizado que esté, puede escuchar durante un período largo los tambores africanos o los himnos de los coros galeses y al mismo tiempo mantener su capacidad crítica y la conciencia de su propia personalidad". Me pregunto qué hubiera pensado el venerable escritor de haber experimentado un concierto de rock actual, donde la tecnología contemporánea y la experiencia de veinticinco años se combinan para producir un asalto a los sentidos infinitamente más avasallador y calculado que los dos ejemplos de música enajenante que él cita.

Desde los años cuarenta, los

conciertos de música popular y la histeria que se genera en algunos de ellos han puesto en pie de guerra a psicólogos, sociólogos, médicos, policías y políticos. Cualquier disturbio, cualquier violencia producida alrededor del rock levanta un coro de censuras y amenazas, que generalmente no llegan a más: la industria del entretenimiento es demasiado potente para permitir limitaciones a sus provechosas actividades. Y es que existe una profunda desconfianza de las fuerzas desatadas en tales ocasiones: fuera de los contextos religiosos, cualquier tipo de celebración de connotaciones dionisiacas es percibida como subversión de los valores dominantes del trabajo

ennobrecedor y el ocio planificado. Consecuentemente, se establecen comparaciones denigrantes para justificar este rechazo instintivo. La popularidad del rock and roll fue equiparada a la fiebre del baile que se propagó durante el medievo por algunas regiones alemanas, la beatlemania fue descrita como una nueva edición de la Cruzada de los Niños. Y, naturalmente, cualquier recital multitudinario sirve para evocar las concentraciones nazis tipo Nuremberg. Lo cual, aparte de obviar diferencias fundamentales, es un parangón poco afortunado: rara vez ha logrado el rock espectáculos visuales tan impresionantes como los organizados en honor del Führer.

Oigamos a una voz autorizada. Dimitri Tiomkin, famoso compositor cinematográfico, se expresaba así en los años cincuenta: "El hecho de que la música puede a la vez excitar e incitar ha sido conocido desde tiempos inmemoriales. Tal vez fue ésta su función primordial en la Prehistoria y aún lo es en las sociedades primitivas que todavía existen en remotos rincones del mundo. En los países civilizados, la música se ha convertido en un medio de comunicar emociones placenteras, no de crear conmociones. Actualmente, al menos en la música popular, parece que se está volviendo al salvajismo. Y la más dramática indicación de esto es el número de los llamados



conciertos de rock and roll que se han transformado en disturbios en recientes años. Esas alteraciones del orden público son, sin embargo, las manifestaciones obvias de lo que yo quiero decir. Lo importante es que los jóvenes que escuchan constantemente ese tipo de sonidos están cambiando. Ya no son adolescentes normales y relajados. Ellos te dicen que el rock and roll les da una descarga. Lo mismo les pasa a los chavales que fuman marihuana y se inyectan heroína".

¡Ya está! Una combinación capaz de escandalizar a cualquier ciudadano decente: rock and roll y drogas. Todavía no se había hecho público el informe inefable de aquel pastor que aseguraba que "el 90 por 100 de las jóvenes que se quedan embarazadas reconocen que el hecho ocurrió mientras estaban escuchando los ritmos diabólicos del rock and roll".



La historia se desata entre las fans, en un concierto de rock.

## Nueva música para viejas ceremonias

A pesar de sus discutibles estadísticas, el reverendo en cues-

ción intuía el carácter dionisíaco del concierto de rock and roll, donde una serie de músicos ejercían de catalizadores de un re-

torno al ritual orgiástico de las primeras comunidades humanas. Los giros pelvianos, las piernas temblorosas, los ojos frenéticos, la voz palpitante de Elvis Presley desencadenaban una tempestad de deseos reprimidos y sensaciones recién descubiertas entre un público mayoritariamente femenino. No era una novedad este impacto en las partes bajas. Frank Sinatra, posiblemente el primer ídolo exclusivo para jóvenes de la era de los "mass media", ya lo lograba en los años cuarenta. Uno de los acomodadores del Paramount Theatre neoyorquino comentaba por entonces: "¡Ese Sinatra sabe llegar hasta los riñones! Al final de sus actuaciones hay más orina en las butacas y las alfombras que en los cuartos de aseo". Un detalle que también señaló Nik Cohn en su "Historia de la música pop", refiriéndose a los Rolling Stones de 1965: "Aburrido, me fui hacia el auditorio, que por entonces estaba completamente vacío. Noté de pronto un olor raro: pis. Las chicas habían gritado tanto que se habían meado. No una o dos, sino muchas; el suelo estaba empapado y el olor era insoportable. Era un espectáculo extraño aquel cine vacío, con el suelo lleno de cajas de chocolate, de cajetillas vacías, de papeles y ese olor triste y amargo".

Pero este aspecto de coito multitudinario —que se conserva en las apariciones de los ídolos para adolescentes— ha ido diluyéndose

según el rock y su público han adquirido sofisticación y complejidad. Con la llegada de los Stones, Bob Dylan y otros artistas de aureola inconformista, el acento del concierto está en exhibir una rebelión contra la autoridad paterna y, por ende, contra todo el mundo adulto. La composición sexual de la audiencia también cambia: acude un número cada vez mayor de muchachos y no sólo por intentar ligar, sino también por poner de manifiesto una confusa actitud vital de disconformidad.

A partir de 1967, con la secesión *de facto* de amplios sectores juveniles bajo banderas hippies o contestatarias, los conciertos —y, especialmente, los festivales al aire libre— se transforman en las reuniones oficiosas de las diversas tribus contraculturales, como se ve en los nombres de algunos eventos ("A Gathering Of The Tribes", "Celebration At Big Sur", "Woodstock Music & Arts Fair"). Todo este concepto tribal —que da ocasión a los medios sensacionalistas a gastar toneladas de tinta con historias de promiscuidad y drogas— se agría con la debacle de Altamont. En 1969, durante el concierto gratuito de los Rolling Stones que cierra su gira norteamericana, un espectador negro es asesinado por algunos de los Angeles del Infierno que forman el servicio de orden. El horrible ambiente de Altamont (inmortalizado en el documental "Gimme shelter") provoca en las publicaciones contraculturales un debate lleno de recriminaciones y autocríticas que al final sólo sirven para recalcar que los años de la inocencia floral han pasado.

## El desmadre institucionalizado

Escarmentados por desastres como el de Altamont, los músicos abandonan ideales utópicos. En años posteriores, todavía se celebran conciertos gratuitos, pero ya son simples montajes publicitarios, financiados por los presupuestos promocionales de managers y compañías. Reforzados los servicios de seguridad —a veces, con fuerzas de la Policía—, los asaltos de los candidatos a colarse gratis bajo el slogan de "Music is free" se hacen cada vez más raros e ineficaces. La tendencia es hacia el gigantismo y la profesionalización de todos los montajes. La industria de la música en vivo se nutre de intereses varia-





## LOS MUERTOS DE CINCINNATI

dos —las actuaciones venden discos y se intenta combinar las giras con los lanzamientos discográficos— y sus métodos de explotación se hacen más férreos y despiadados.

Cualquier concierto del presente ofrece unos platos escasamente apetitosos: unos locales opresivos, aglomeraciones en el interior y exterior, calor y humo, cacheos y controles. Y, al fondo, unos músicos casi mecanizados, perdidos en la neblina de unos agotadores recorridos intercontinentales. Pero no se acude al concierto primariamente por esa música de dudosa vitalidad; lo que en realidad se busca es la inclusión en un área de libertad temporal donde uno puede desmadrarse moderadamente, al mismo tiempo que se entra a formar parte de un grupo donde predomina la afectividad y la tolerancia, donde el aislamiento individual es sustituido por una comunión de emociones y actitudes. No es, sin embargo, una reunión donde se busque expandir la conciencia o la experimentación interpersonal, como en los gloriosos "acid tests" californianos dirigidos por Ken Kesey: la audiencia del rock tiene unas formas estandarizadas de polarización e interacción. Nadie se asombra de que el recital comience con una explosión de luz y sonido, nadie se sorprende de que los músicos tengan previsto el bis, pero todo es aplaudido con gran entusiasmo.

Todo este ritual sugiere oscuras visiones de una ceremonia donde los músicos sean a la vez oficiantes y objetos del sacrificio. Es una fantasía frecuentemente plasmada en discos (el álbum "Ziggy Stardust", de David Bowie), novelas baratas (con títulos como "El hombre que mató a Mick Jagger") y comics (véanse los especiales dedicados al rock de revistas como "Totem" y "Star"). Pero todavía no se ha dado el caso de una estrella del rock devorada por sus seguidores, aunque el potencial de odio que algunas despiertan hace posible cualquier barbaridad: Alice Cooper, en los tiempos en que se especializaba en sketches de violencia paródica, comprobó que el público reaccionaba visceralmente, se lo tomaba en serio y exigía el castigo y la expiación de los supuestos crímenes —como el

despedazamiento de una muñeca— ocurridos en el escenario. Y sin ir tan lejos: en los conciertos madrileños de Ian Dury o Sleepy La Beef se podía ver a gente totalmente fascinada por la música y que, sin embargo, les insultaban ferozmente por característi-

cas físicas como eran su parálisis parcial o su gordura, respectivamente. Se despiertan unos impulsos turbulentos que posiblemente los asistentes no reconocerían como algo propio, que habitualmente están muy, muy escondidos.



Los Angeles del Infierno, que habían sido contratados como servicio de orden por los Rolling Stones para el festival que celebraron en Altamont, California, golpean salvajemente a un grupo de hippies ante la pasividad, casi cómplice, del resto de los asistentes.

### "EL DERECHO A SER LIBRES..."

En "Los viejos rockeros nunca mueren", su último LP, Miguel Ríos incluye un tema titulado "Rockero de noche". Firmado por Miguel y Javier Vargas, es una excelente descripción de las ansiedades y esperanzas de los participantes en los ritos de las superestrellas del rock:

*"El concierto va a empezar  
Y hay un cristo en la puerta  
Y tienes los tickets.  
Quemándote en la mano.  
Afuera hay mil o muchos más  
Y esa puerta no funciona.*

*Todo el mundo grita en el interior  
Cuando escuchan el primer compás de rock*

*Todo es vibración,  
Comunicación  
Y cada uno se prepara su alineación.*

*Hay avalanchas en la puerta  
Y tus tripas tiemblan  
Por la angustia de verte  
En medio de este muermo.  
No te pierdas, esconde el tate  
Que la pasma está en la calle.*

*Mucha gente por la cara quiere entrar  
Cuando se haga de noche arrastrarán  
Adentro, vive el rock su magia de color  
Y codo a codo se respira casi en libertad.*

*La violencia anda suelta  
Y la basca revienta la puerta  
Te arrastran, llevándote en volandas*

*Sal corriendo, no te pares  
Que tu entrada ya no vale.*

*Todo el mundo goza en el interior  
Vacilando con la marcha del buen rock  
Solamente aquí podemos alcanzar*

*El derecho a ser libres  
Hasta que salga el sol".*

## No hay "síndrome de Cincinnati"

Y ahora, mueren once personas antes del concierto de los Who en Cincinnati (USA), en una avalancha de fans que confunden los ensayos de sonido con la actuación en sí y que revientan las puertas en un esfuerzo de no perderse el concierto. Ante tal suceso, comienzan la búsqueda de un responsable colectivo o individual al cual echarle las culpas y apagar una serie de angustiosos interrogantes. Así, los "culpables" son los Who. Pero la violencia de los Who ha tenido siempre una orientación catártica y, de hecho, este es un grupo que siempre ha sentido una particular afinidad con sus seguidores. Otros "culpables" obvios: los organizadores. Sin embargo, la mayor parte de los conciertos americanos están controlados por expertos en seguridad y sometidos a unas regulaciones estrictas: no es concebible allí que ocurra lo de la actuación de los Rolling Stones en una plaza de toros de Barcelona, cuando las fuerzas antidisturbios del señor Fraga dispararon botes de humo a los graderios superiores, estando en un tris de ocasionar una horripilante estampida cuando miles de personas creyeron durante unos segundos de pánico que se había desatado un incendio. También resulta grosera la sugerencia de que en esta ocasión se buscaba subconscientemente un sacrificio de fans ante los Who.

No, no hay "síndrome de Cincinnati". Puede haber "síndrome de muchedumbre excitada" y ya se sabe que en tales circunstancias los integrantes gozan de una sensación de liberación e irresponsabilidad que les lleva a fijarse una línea de acción sin tomar en cuenta los posibles resultados. Pero tales situaciones no son exclusivas del rock; de hecho, en otros espectáculos —como el fútbol— se han producido mayores masacres. El rock afirma la vida, tanto con sus demostraciones de solidaridad generacional como con su adoración del erotismo y la energía juveniles. Aunque en algunas ocasiones la muerte se convierta en invitada imprevista.

■ D. A. M.